

El descubrimiento del desierto

El sábado 16 de julio a las siete de la mañana partió el "Quinto viaje educativo al bosque Telteca". Los 300 participantes apenas podían reconocerse por la oscuridad o la somnolencia. En las manos llevaban bolsitos cargados "por las dudas" con provisiones caseras, golosinas para los chicos, termos, mates, café caliente, ropa de abrigo y una sensación absoluta de partir hacia lo desconocido. Gentes de todo tipo. Grandes y chicos. Abuelos y estudiantes universitarios. Turistas nacionales y extranjeros. Señoras con polleras, tapados de piel y peinados de peluquería. Otros vestidos de rigurosos joggins de marca. Bañadiscos y lustrosos como se acostumbra a marchar hacia un country club, desde una gran ciudad. Ellos contrastando con los "veteranos de la aventura", bien abrigados, con zapatones de suelas gruesas y caramañolas con agua. El temor de los urbanos apenas atisbó esos pertrechos, hizo cerrar las bocas para guardar saliva, también "por las dudas". Por las dudas de que ese desierto fuera, en realidad, un desierto.

Rumbo a lo desconocido

"¿Al desierto, tío? ¿Te vas al Sahara?", me preguntó mi ahijado cuando, hace 15 años, comenté en familia que me iba a dedicar a antropología del desierto —recuerda el licenciado Luis Triviño (ex rector de la UNC, docente de Ciencias Políticas y Sociales y autor de varios artículos y libros sobre el tema)— y agrega: "En general, el mendocino o ignora que existe un desierto en su provincia o carga con todos los prejuicios sobre los pobladores de esa zona porque tienen características muy distintas de las de los pobladores del oasis. Los acusan de vagancia porque no saben que el tiempo de trabajo del desierto lo marca la naturaleza, mientras que el tiempo del hombre urbano o del agricultor del oasis lo marca el reloj. Un puestero del desierto puede estar cinco días dedicado a tareas menores (arreglar corrales, juntar paja para reforzar los techos, reparar herramientas), pero después le pueden tocar cinco días andando en el campo detrás del ganado perdido, sin descansar, bajo una tormenta. Entonces lo podemos ver descansando un poco. Pero nunca, jamás, se lo va a encontrar sin hacer nada, ni al hombre ni a las mujeres ni a los niños que van a la escuela y ayudan desde pequeños".

El profesor Triviño hizo un relevamiento de la zona, durante ocho años seguidos. Conoce palmo a palmo los 1.100 puestos que hay desde Costa de Araujo hasta el bosque Telteca porque los recorrió a caballo, cuando no existían ni los altísimos terraplenes que se tuvieron que hacer para tender la carpeta asfáltica de la ruta de las Altas Cumbres, la 142 que une Neuquén con Córdoba, pasando por Mendoza. Por esa ruta marchan los excursionistas, acompañados de varias personas que instruyen, atienden a los viajeros y aportan las mil y una soluciones como si en ello se les fuera la vida. Y así es, porque los mismos organizadores son quienes —ocultando su jerarquía— hace años que también ponen gran parte de su vida para que el desierto deje de ser ese "eterno desconocido".



Y se hizo la luz en "La Asunción"

El amanecer descubre el puente sobre el río Mendoza, desbordado sobre campos, de apariencia yerma, donde antes florecía la abundancia entre los parrales, las viñas y los algarrobales. El espejo de agua refleja aves hermosísimas. Son parte de la fauna de la legendaria laguna de Huanacache que se ha instalado allí, junto al paraje La Asunción. El sol recién asoma y el frío hace caminar a los excursionistas como si fueran robots. Pero el entusiasmo contrasta con las construcciones de ese pueblo, casi fantasma. Apenas se ven colores en las calcomanías pegadas en las ventanas de un bolichito, el único. Casitas de adobe y techos de paja. Pozos-balde (único recurso para sacar el agua de la napa freática, salobre, sólo bebible para el ganado). Algunas taperas volteadas por el último sismo y una placita, extrañísima. Serán unos diez metros cuadrados alambrados, con cuatro algarrobos pelados, tres monolitos que recuerdan fechas y dos bancos de madera; en el suelo, sólo tierra suelta.

Las casas y enramadas bordean la rústica pista de aterrizaje donde arriba el avión sanitario con un médico y un odontólogo, en una rutina que se repite cada semana. No se ven los pobladores. Los trescientos excursionistas avivan fuerzas con chocolate, café, medialunas y tortitas que se expenden desde un "puesto-camioneta" que sigue a la caravana. A lo lejos, en la cima de un médano sostenido por alpatacos, jarillas y otros arbustos (que conforman el paisaje) está la capilla de La Asunción.

Todos rodean a un lugareño que cuenta la historia con un megáfono. La fiesta de la Virgen es en agosto. La capilla tiene más de cien años y fue trasladada a esa

altura para salvarla del agua. "Pero todo el paraje está corriendo el peligro de desaparecer bajo el río Mendoza, que está buscando su antiguo cauce", explica el ingeniero Jesús Páez, de la Dirección de Bosques, una de las entidades organizadoras del evento.

De a poco los lugareños se asoman de sus casas. "Aquí hubo viñedos. Hubo trabajo para los jóvenes. Hubo gente hasta que falleció el dueño de la finca y los hijos se pelearon. Y dejaron secar las viñas. Y no hubo más trabajo para los jóvenes, que ahora buscan en otros lugares porque con lo que dan los chivos no alcanza", explica una mujer de brazos cruzados, perfumada por el humo del horno de pan, con la piel oscurecida por el sol, el viento y el trabajo.

"El puestero —explica Triviño— no tiene seguridad de lo que puede pasar con su tierra. Por un lado el mapa catastral presenta títulos superpuestos y en la otra punta del ovillo se encuentra su situación desfavorable en la comercialización de lo que produce. Como vende ganado, leña y artesanías en montón, no recibe un valor agregado a lo que produce. Además, el intermediario es el camionero que se arriesga a llegar hasta los puestos y le paga con harina, yerba, azúcar y un poquito de plata. El puestero no tiene motivaciones para hacer mejoras y al recibir información de lo que pasa en el oasis (sobre todo a través de la radio) carga con las expectativas que se llevan a los jóvenes. Por eso es curioso ver la pirámide poblacional del desierto, que es ancha arriba formada por los viejos; angosta por el medio, donde se ubican los jóvenes y adultos, y grande abajo, donde están los niños. Lo más común es encontrar a la pareja vieja con muchos niños, que son o sus últimos hijos o todos los nietos que viven con ellos, mientras los padres trabajan en otro lugar. También es im-

portante saber que ningún puesto queda vacío. En cuanto fallece la pareja mayor, algún hijo vuelve para hacerse cargo".

El Cavadito: la desolación

Desde octubre, a partir del mediodía la temperatura en El Cavadito puede subir a más de 45 grados. En el invierno, los 15 grados bajo cero obligan a enterrar las garrafas para que no revienten. En aquí la explicación de por qué las excursiones se hacen en invierno. "En el fondo, la instalación de una ciudad como es Mendoza fue posible explotando al desierto hasta el extremo", había asegurado el profesor Triviño, como prólogo de la respuesta a tanta desolación. "De todo el departamento de Lavalle, la zona sin riego —desértica— abarca el 98% de la superficie total, o sea 10.037 km². Aquí, la densidad poblacional es de 0,2 personas por km². Es decir, aproximadamente una persona cada 5 km²". Instruye el ingeniero Antonio Dalmasso, de ecología vegetal del IADIZA (Instituto Argentino de Investigación de las Zonas Áridas), que colabora en las excursiones.

Para Dalmasso la tarea de educar a la gente tiene un valor muy especial, lo mismo que para su colega de la Agencia de Extensión del INTA Lavalle, el ingeniero Guillermo Salvarredí. Ambos guiaron a los "trescientos turistas" en la comprensión de lo que iban viendo y viviendo.

En El Cavadito, Salvarredí le dio el megáfono a un poblador, don Juan González. "Buenos días señores", dijo el hombre marcando las eses, y habló con gallardía, a pesar de su saco raído, de sus manos muy rústicas, de ese cuerpo —en síntesis— que es el espejo del terruño, del que se siente orgulloso. Contó que el obrador fue instalado por

- Cada año mendocinos y turista se incluyen en la aventura
- Se recorren 107 km hasta el bosque Telteca de algarrobos
- Poblado por una muy antigua etnia, el desierto lavallino ofrece singulares atractivos

"un tal Salazar". Que había mucho trabajo y se fabricaba el carbón para abastecer a Mendoza, hasta que no quedó un solo árbol. Hasta que sólo quedaron ellos, un puñado de puesteros. También dijo que la fiesta de San Judas Tadeo era el último fin de semana de octubre. Que todos quedaban invitados y él agradecido por la visita. Uno de los excursionistas se puso inquieto y el ingeniero del INTA le pasó el megáfono. El hombre dijo acongojado: "Este paraje es un pueblo fantasma porque el hombre abusó indiscriminadamente de la tala de árboles... Si antes, El Cavadito era un gran bosque y uno de los lugares más ricos del desierto. Ahora, éste es un pueblo fantasma que vive de una fiesta anual, de las cabras y nada más. A esta situación han sido llevadas todas las poblaciones pequeñas".

En El Cavadito todo el contingente comenzó a conocer a sus guías y a los organizadores del viaje educativo. El ingeniero Dalmasso puso el ejemplo de los que se organizan desde hace muchos años en los Estados Unidos, por el desierto de Sonora, en que se detienen frente a cada especie vegetal explicando todo sobre un cactus, por ejemplo. "Haciendo creando una conciencia conservacionista que perdura. Nosotros pensamos que la conciencia cada vez mayor de las municipalidades, en este caso la de Lavalle, está ayudando mucho a revalorizar el desierto". Entre el público estaba el secretario de Gobierno de Lavalle, Carlos Recchia, que daba datos y explicaba a quien quisiera escuchar. "Sucede que el mendocino valora al desierto históricamente —agregó Dalmasso— como diciendo 'de este desierto nuestros abuelos hicieron un oasis'. Y el oasis, que tiene una infraestructura mayor, actúa como succionador de la poca riqueza que se puede producir en el desierto. Porque el chivo se vende con poco margen de ganancias, porque el junquillo se vende en bruto ya que las escobas se fabrican en otro lugar, porque las artesanías tienen muy poco valor local, y porque sucede algo muy grave: los hijos del lugar emigran al oasis porque no tienen fuentes genuinas de trabajo, con un sentido bastante perjudicial para ellos. En el oasis ellos se ubican en la periferia, en las villas miserias, donde también son marginados. La gente del desierto son los parias del oasis".

Los Altos Limpios del desierto

Los Altos Limpios del desierto

Junto a la ruta, los inmensos médanos de las historias de aparecidos, como "el toro", "el gritón" o "la viuda enançada", son apenas un espejismo, hasta que los viajeros bajan de los micros y comienzan a caminar por los arenales que, a su vez, tienen vida moviéndose con los vientos. Huellas frescas de zorros, multías, lagartijas, tortugas, pumas y otros animales fueron desapareciendo bajo las pisadas deslumbradas de los visitantes. Los chicos fueron la vanguardia. Se lanzaron a rodar por los médanos increíbles, mientras los mayores comenzaban a convertirse en niños. A esa altura, las señoras de polleras, peinados de peluquería y tapados de piel y los señores más compuestos se olvidaban de las formas para disfrutar volviendo a la arena de la infancia. Sacarlos de allí y devolverlos a los micros para seguir camino llevó varios minutos —largos— a los guías. El profesor Triviño recordó la magia de llegar a Los Altos Limpios a caballo, después de horas de andar en la arena, hasta que reconoció: "Pero con la ruta esto se puede conocer y apreciar, no hay dudas".

Escondido en "El Jagüel" esperaba el bosque Telteca

Al final del viaje, en la tranquera del puesto El Jagüel, los camiones del Ejército esperaban para transportar a "los viajeros del tiempo" hasta el bosque de algarrobos, libres, creciendo resguardados —¿como hace miles de años?— sin que el hombre pueda poner un hacha para herir su corteza. Al menos eso es lo que se pretende habiéndolo convertido en reserva natural (gracias a los esfuerzos de la Dirección Provincial de Bosques, del INTA, de la comuna de Lavalle, de la Federación Gaucha, del IADIZA y, a partir de la excursión, de trescientas personas más que se sumaban al encanto cimarrón de los guadales que impiden la entrada de los vehículos comunes).

"Recorrer el bosque Telteca llevaría entre cuatro y cinco días a caballo y en ocasiones ni siquiera éstos pueden andar entre la vegetación", explicaron los puesteros encargados de atender el

ganado que vive en los corrales de troncos que hay en el bosque.

Después de nueve kilómetros en los vehículos de doble tracción, las trescientas personas fueron llegando al lugar donde la Federación Gaucha preparaba una carne a la olla, resguardada por don Martín Lucero. Hombre alto, impenetrable, cultor del folklore, que canta y recita con una voz antigua, exacta para las tonadas, las zambas, las cuecas y los gatos. Lentamente, hombres y mujeres, comenzaron a bailar. Los movimientos sumaron a su seducción la cadencia que les daba la arena, enredada en el zapateo y en los giros. A nadie le importaba ya "ensuciarse" con la arena.

Es cierto, hubo esperas, hubo problemas que retardaron la llegada al almuerzo. Unos arribaron primero, otros mucho después, pero la carne a la olla alimentó a todos. Un gaucha que tiene sus caballos en las afueras de la ciudad de Mendoza, pero que vive en Godoy Cruz, miraba a la gente y se preguntaba: "¿Cuántas veces esta gente habrá comido en el suelo? ¿Cuántas veces habrá tenido que vivir una cosa así?". Algunos deambulaban en busca de "una mesa". Otros sólo pedían la presencia de un banquito. Al tiempo, todos gozaban de estar hundidos en la arena blanda con un plato en la mano, un repasador en la falda y un gran trozo de pan casero sopando el jugo picante de la carne de ternera. La caballada descansaba sudorosa atada a algarrobos. Los jóvenes y los chicos primero fueron animándose a montarlos después de comer. "Son todos caballeros de Potrilleros —explicaba el gaucha—. Algunos mularos. Se cansan porque uno no puede sacarlos en una cabalgata de dos horas una vez por semana. Pero... más no se puede. Hay que trabajar en el pueblo".

El destino del pueblo es el destino del desierto

El problema de conservar los recursos económicos naturales del desierto tiene soluciones que son coincidentes entre los organismos que quieren preservarlos. El ingeniero Mario Day, jefe de Recursos Naturales de la Provincia, a cargo del control de la flora, fauna y piscicultura, fue explícito: "El problema de la tenencia de la tierra, que en algunos casos sufre hasta 11 superposiciones de título, no tiene otra solución real que la expropiación total y colonización".

"Sería una obra del gobierno con un monto recuperable a muy bajo costo. Sería una solución a 'grandes líos' más que a grandes propietarios. La gente compra los campos solamente por el valor de la leña que tienen adentro, destruyéndolos para el futuro". Sobre la continuidad de los viajes educativos, agregó que "el ideal sería que los nueve kilómetros que hay de la ruta al bosque se hicieran a caballo, mostrándoles a los participantes la vegetación mientras se va andando. Haciéndoles 'querer' lo que ven, palmo a palmo. Aquí todo se hace a pulmón. No hay un solo peso para mantener esta reserva. Todo son donaciones particulares. Por eso hay que crear una conciencia ecologista".

Entre los balles, los mates y algunas sietitas en la arena, fueron apareciendo otros personajes. El diputado provincial Mario Cócolo (PJ), vestido con bombacha y botas, dijo que "por generaciones éste ha sido el hábitat de puesteros que, de por sí, cuidan de lo que les da de comer. Son ecologistas por naturaleza. Todo lo que queda, aunque sea poco, está gracias a ese puestero y el bosque Telteca está porque nadie pudo entrar a cortar leña. Esta es una reserva que debe conocerse. Es una muestra de la cultura y de la historia del país. Yo creo que ningún político, ningún gobernante, puede negarse a darle apoyo a su conservación, salvo que reniegue de su historia, de su cultura, de su suelo".

Aquella tarde, compartiendo a pleno parte de las costumbres y la vida del desierto, fue imposible no recordar lo relatado por Juan Draghi Lucero en "La cabra de plata" y las explicaciones frescas del profesor Triviño sobre la estructura de vida de los lugareños. Aquellos prejuicios que los tidan de vagos y marginales deben desaparecer con el conocimiento de la propia tierra. De sus casas de horcones de algarrobo y paredes rellenas de jarilla y otros arbustos, con techos embarrados, perfectamente antisísmicas. De la estructura familiar y laboral perfectamente unidas que, por ejemplo, jamás aceptarían las nuestras. "Porque son una subcultura —decía Triviño—, lo cual no significa que sean peores que los que habitan el oasis. Son diferentes, y se merecen un respeto que les permita vivir sus costumbres". Y a nosotros respetarlas con orgullo, para poder seguir viviendo las nuestras.



Puestero con su hijo, "que ya ayuda a manejar el ganado".



Almuerzo en la arena del bosque Telteca